

VI

La tarde, de un cálido apagado..., había llovido...; la atmósfera parecía sonrojarse de su aspecto renaciente..., la tierra ardía húmeda..., luchaban las fuerzas naturales por el recobro de la fluctuante victoria..., el resultado era indeciso: un ligero zumbido de llamas invisibles...

Yo caminaba por el centro del paseo, algo entretenido por ideas esporádicas que se sucedían velozmente en el vivísimo cuadro de mi imaginación; la sombra de los árboles apenas si debilitaba el terrible bochorno que salía de las capa telúricas, hervidas después de la lluvia por el calor estival; multitud de familias ocupaban bancos públicos, los niños jugaban y corrían en los cruces de la Avenida, su alborozo parecía inundar el alma de inimitables sensaciones... Mis ojos se clavaban anhelantes en los humanos figurines; se había realizado en mi interior una revolución sentimental; al examinarme veía más de cerca los influjos de aquella vulgaridad tan temida en otros tiempos; sin duda alguna habría revelado a un corazón amigo las nuevas inclinaciones de mi ánimo embrionario, pero estaba solo, y esto aumentaba el decaimiento que se iniciaba en mis exhaustos sentidos.

Yo permanecía en una posición hartó reñida con las más elementales prescripciones de la urbanidad; la multitud de pensamientos que ocupaban los arcanos de mi atención hacían que me olvidase de la ridiculez de las corporales líneas; pasaban invariablemente tipos de fugaces miradas y acrisoladas muestras de aburrimiento; en general, el paseo todo se encontraba dominado por el bochorno, la fatiga y el mayúsculo tedio...; los mortales sufrían y hacían gestos...

De pronto, el bulevar se alzó en un armónico grito de admirativa pleitesía a la beldad presente; los árboles adquirieron un ritornelo mudo, mi cuerpo todo se embriagó de miradas sáficas... En el paseo terminaba de hacer su aparición una mujer hermosísima, lujosamente ataviada, exhalando continuos transportes de elevada belleza...; por un momento, mis ojos la miraron extasiados, obedeciendo imperiosas exigencias del llameante espíritu..., quise fijarme mejor, los párpados adquirieron la cualidad de la completa rigidez, los fulgores de sus ojos de azabache se encontraron un momento con los míos...

Desfiló como habían desfilado los demás paseantes; pero su retrato, sus formas y su atractiva cabellera negra resaltaban, cual dibujo de acuarela, en el casi límpido paño de mis faltos amores... Quedé más sólo, más abandonado cuando la lejanía, con sus leyes inflexibles, agotó las distancias ópticas de mis ojos... La podía haber seguido, pero no, el comienzo profundo de una pasión mía no debía tener los mismos impulsos que la nacida y desarrollada en la risible experiencia del corazón de un cadetillo...

Continué mudo, con las manos cruzadas en actitud suplicante y nerviosa, la boca entreabierta y los ojos fijos, casi daba la impresión de un embebedo morfinómano... Paseé, inconsciente, por los más apartados lugares del parque ensoñador; el esplendoroso fin del día estival hacía hablar a la Naturaleza con palabras radiantes; ya no eran los rayos del sol, era la oscuridad bañada en densas negruras, que se avecinaban entre amenazadoras y tenebrosas; yo no veía nada, no ideaba nada, se me había infiltrado en el cerebro —no en el corazón— una roja llamarada de sublimidades desconocidas... ¡Ah! el retrato, las facciones de aquella diosa, que me perseguían como saludando al trásfuga.

Las sombras casi me envolvían en densidades salobres y pegajosas; todo se hacía antipático, los más nimios defectos en una creación natural obtenían de mi intelectualidad un incontable número de elevadas sátiras o de punzantes diatribas...

Yo amaba a la desconocida, sí, lo demostraba claramente el hecho de que su recordación continua era causa para que mis órganos fueran unos desconcertados remolinos en el paroxismo de las inefabilidades vivísimas del amor...

Sin embargo, no podía asegurar nada...; los árboles no adquirían figuras de querubines...; mi corazón no latía con esa celeridad de un profundo enamorado; el camino era de palpable tierra, no de bordados tapices orientales...; la noche era sublime, como todas las noches, pero no embriagaba ni consumía mi imaginación con hechiceros efectismos...

A pesar de que ninguno de estos síntomas tomaba fuerza en mi interior, yo tenía la certeza de que estaba enamorado, de que una vida consumiría acaso mi vida, de que una bella concepción era objeto de mis ansias, de que un suave y casi imperceptible murmullo pronunciaba a mi oído palabras incoherentes, pero dotadas del calor que emana de una arrolladora realidad...; yo amaba, pero amaba con el cerebro..., mi amor constituiría una pasión sin precedente, pero existía, era palpable, podía casi tocársele, y la prueba más patente de su existencia estaba en mi normal actitud.

Mi corazón se había apagado; sus latidos, atentos únicamente a la buena marcha de la circulación, no me martirizaban como en otros tiempos. Me alegraba esta victoria, mis principales anhelos se habían cumplido: el predominio cerebral sobre la masa sensiblera.

Antes de ahora me había hecho la siguiente observación que produjo en mi cierto pasajero y aleteante temor: Yo en mis naturales ideologías admitía el amor como necesario en las humanas lides, pero se me aparecía dudosa su total adaptación a las acciones de un cerebro inflexible. Algunas veces decaían mis ánimos, pero lo que terminaba de sucederme o me estaba sucediendo venía a hacer incompatible en un todo el amor y las galerías intelectuales. ¡Pobre loco!

Casi sin saber por qué me puse alegre, regresé a casa, aquella noche dormí bien, no tenía exaltaciones de ningún género, y la plácida visión hermosa de la tarde actuaba como soporífero estridente y armonioso; desperté tarde, muy tarde, contra mi costumbre ya aquella mañana no pude respirar con voluptuosidad los incipientes y jugosos aires de la madrugada. El sol se acercaba a su hiriente perpendicularidad y enviaba destellos fuertes y acariciadores; me vestí deprisa, con la azarosa preocupación de un amante burlado. Al salir, la patrona me entregó una tarjeta: era de mi amigo Capilla. Picado por una curiosidad casi femenina penetré otra vez en mi cuarto para leerla, me extrañaba que Félix estuviera en la ciudad, leí: «Te espero en el Café «España», he venido para asistir a una velada simpática: Se trata de un festival organizado por los estudiantes que terminaron el Bachillerato en Junio, ayudados también por los alumnos de la Universidad; es como el abrazo que éstos le dan antes de convivir las mismas aulas y de respirar el mismo aliento de los catedráticos; se ha solicitado, y accedió a ello, el concurso de la célebre artista Lolita Brimé, cuya belleza, como recordarás, hemos admirado muchas veces; ven en seguida y hablaremos largo y tendido. Tu amigo, *F. Capilla.*»

Maquinalmente guardé la tarjeta en el bolsillo y salí a la calle. Sí, yo recordaba a Lolita Brimé como un nombre en quien la maledicencia tertuliera posaba sus conversaciones; de tanto oír hablar de ella ya sentía cierta curiosidad por absorber el metal de su voz o la incandescencia arrolladora de su mirada...

Nos estrechamos las manos..., ambas, como simbolizando nuestra amistad fraterna...

Nuestras primeras palabras fueron las protocolarias y vulgares de todo saludo; en pocas palabras me explicó claramente lo relativo al festival que había de celebrarse, ornado con esa jubilosa alegría que reverbera en los espíritus jóvenes; se pondría en escena una farsa grotesca que interpretarían los más aficionados a la histrionería dialogada; después, la gran artista Lolita Brimé cantaría unos «cuplés», escogidos entre los correspondientes a sus mayores éxitos; por último, un refresco de honor en el que la célebre Brimé alternaría única y exclusivamente con el elemento estudiantil..., hasta aquí lo organizado.

—Creo que te gustará el programa —me decía Capilla—. ¡Ah!, se me olvidaba, todo tendrá lugar en el Teatro Principal, los ingresos de las entradas se reservarán para la próxima tuna que haremos a Lisboa.

Estoy conforme —le contesté—, puedes contarme entre los asistentes.

Salimos del café, dimos unas vueltas por las calles absorbiendo el vaho recalentado de la estación... Nos separamos... Todo se hacía pesado, reinaba el ardor en los seres..., las transparencias venusiacas enardecían, los sentidos protestaban contra su excesiva perspicacia...

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_015